

Paraguay 1852 - 1861

DE LA COEXISTENCIA IMPOSIBLE A LA CONCILIACION POSIBLE

"El monopolio de las rentas de aduana constituyó la base de su vitalidad en el período de su separación de las demás provincias y la razón oculta que le permitió la conquista del gobierno nacional en 1862."

SCOBIE, JAMES R.. La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina. 1852 - 1862. Buenos Aires., Hachette, 1964. pp 7 y ss.

"... la guerra civil que sobrevino algunos años después de Caseros, debe entenderse como la manifestación político-militar de un enfrentamiento entre proyectos alternativos de unidad nacional, congruentes con intereses económicos opuestos.[...] El fracaso de la Confederación en organizar definitivamente la nación y asegurar la viabilidad del estado, debe interpretarse pues a la luz de las condiciones existentes para plasmar un pacto de dominación estable y disponer de los recursos institucionales para materializar su existencia. [...]"

OSZLAK, OSCAR: La formación del estado argentino. Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

"... es porque la fusión ha sido la base de nuestros procedimientos, que resisto a que un partido se aproveche de la práctica de aquella virtud, para hacerla desaparecer, como el hombre malo que se aprovecha de la hospitalidad para pillar nuestra casa; es porque creo que a esa sola condición la organización del país es posible [...]; porque el renacimiento de un partido que como tal ha sido vencido, V. participa en esa victoria; y poner al vencedor a merced del vencido es renovar la lucha con mayor encarnamiento, es inutilizar nuestra obra y traicionar la confianza que los pueblos depositaron en nosotros."

Carta de J.J.Urquiza al presidente Santiago Derqui, 30 de diciembre de 1860 Citada por SCOBIE, JAMES R. en La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina. 1852-62, Buenos Aires, Hachette, 1964.

La meta de la unidad sobre la base de una organización institucional con bases jurídicas aceptadas por el conjunto nacional fue un objetivo mil veces proclamado desde 1810, pero fracasó reiteradamente ante los intereses en pugna, los regionalismos y aun las ambiciones, torpezas y errores personales que inciden en cualquier período histórico. En los años posteriores a la sanción de la Constitución Nacional de 1853 y a la porteña de 1854, esas dos entidades políticas con centros en

1

Buenos Aires y Paraná, protagonizaron una difícil coexistencia que abarcó complejas instancias y diversos modos: desde la negociación a la solución por la vía de las armas. Lo cierto era que una de las dos debía predominar para lograr la integración nacional; o Buenos Aires aceptaba las normas sancionadas en 1853 o imponía su supremacía organizando la nación bajo su predominio. Como se dieron las cosas, venció el bando económicamente más fuerte; en el proceso pudo ocurrir que toda la labor que condujera a la Constitución de 1853 quedara en la nada. Tampoco fue así. En esos años la Confederación estuvo presidida primero por Justo José de Urquiza (1854 - 1860) y luego por Santiago Derqui (1860 - 61); el gobierno del Estado de Buenos Aires tuvo a la cabeza de su poder ejecutivo desde 1854 a Pastor Obligado; desde 1856 a Valentín Alsina, quien debió renunciar en 1859 y fue reemplazado por Felipe Llavallol. Lo sucedería Bartolomé Mitre en 1860. Los acontecimientos tuvieron lugar en esa década en un contexto internacional que tendía fuertemente a las interrelaciones dentro del sistema que se empezaría a denominar capitalismo, marco en el cual las relaciones políticas, financieras, culturales, pasarían en muchos casos por los carriles de los nuevos medios de transporte, comunicación, producción y aun modos de hacer la guerra.

Buenos Aires y Paraná

Las dos capitales enfrentadas podrían reflejar la diferencia de recursos entre las fuerzas en pugna. Un viajero inglés que recorrió estas tierras (T. Woodbine Hinchliff) elogiaba, con razón, el bello paisaje que rodeaba a la metrópoli entrerriana (convertida en capital nacional en tanto se esperaba cumplir algún día la disposición constitucional que fijaba la sede del gobierno federal en Buenos Aires) : "...los alrededores más cercanos son [...] muy agradables...", pero apuntaba: "la ciudad no es grande y sólo contiene unos pocos miles de habitantes. En el centro está la acostumbrada plaza y los edificios públicos, así como varias tiendas insignificantes; hay pocas iglesias y lo más importante que tienen es el exterior [...] Las casas llaman la atención por su blancura, pero el más entusiasta no podría nada que admirar en lo que es propiamente la ciudad..."

La ciudad más populosa de la Confederación era Córdoba, a la que el historiador Juan Alvarez asigna entre 25 y 30.000 habitantes; en cuanto a Rosario, puerto que la política federal quiso oponer a Buenos Aires, un censo de 1858 le atribuyó menos de 10.000 pobladores. (En total la Confederación estaba habitada por alrededor de un millón de individuos).

Tampoco Buenos Aires era gran cosa inmediatamente después de Caseros: en su biografía de Sarmiento, Ricardo Rojas la describiría como "una aldea presuntuosa y sencilla"; pero la década de la secesión porteña presenció un relativo avance, con la organización de la municipalidad, la realización de obras públicas como los muelles, la Aduana de Taylor o el teatro Colón sobre la Plaza de Mayo, un movimiento comercial importante y una población de alrededor de cien mil almas, diez veces más que la

sede del gobierno nacional (la población total de la provincia porteña era de unos 300.000 habitantes). En una carta escrita en 1855, refiriéndose a los cambios sociales

(entre ellos el aporte inmigratorio), el sanjuanino Sarmiento escribió con entusiasmo que "Buenos Aires es ya el pueblo de la América del Sud, que más se acerca en sus manifestaciones exteriores a los Estados Unidos".

Presidencia de Urquiza. ¿Convivencia o guerra económica?

Después de la victoria porteña que significó el "oneroso" levantamiento del sitio en 1853, las relaciones entre ambos gobiernos transitaron caminos diversos, a menudo superpuestos: los emigrados que habían acompañado la rebelión de Lagos (a los que se

sumaron otros deportados o exiliados por su voluntad), siguieron hostigando a las autoridades secesionistas con incursiones e intentos conspirativos que fueron reprimidos exitosamente por las autoridades de Buenos Aires. Esos intentos contaron a menudo con el apoyo abierto o disimulado de los hombres de Paraná. Otro factor que irritó fuertemente a los bonaerenses fueron las relaciones del gobierno confederado con las tribus de la pampa, que aprovechaban la pugna para atacar pueblos y estancias de la frontera, llegando en alguna ocasión los malones a 80 kilómetros de Buenos Aires. Por su parte, los liberales porteños contaban con el apoyo de grupos políticos en el interior.

Después de haber dirigido la Confederación dentro del marco institucional fijado por el Acuerdo de San Nicolás, el vencedor de Caseros se convirtió en marzo de 1854 en el primer presidente gobernante en el marco de la Constitución de 1853. Sin embargo, el fuerte peso de su personalidad y sus relaciones con los caudillos federales del interior siguieron siendo elementos básicos de la unidad de las provincias (así como un factor visto como amenaza por los dirigentes porteños...).

Su mandato protagonizó diversas iniciativas encuadradas en las ideas de progreso de hombres como Juan B. Alberdi (que cumplió misiones diplomáticas y de asesoramiento para la Confederación): fomentó la inmigración europea y la colonización sistemática con miras al desarrollo de colonias agrícolas (como Colonia Esperanza, fundada en 1856 por Aarón Castellanos), hizo estudiar proyectos en materia de comunicaciones y transportes, apoyó el desarrollo educativo (entre otras cosas, nacionalizó la antigua universidad de Córdoba y el colegio de Montserrat).

También procuró establecer sólidas relaciones internacionales.

Pero su problema central fue la secesión de Buenos Aires y de él derivaba en parte la crónica falta de recursos económicos que frustró buena parte de sus proyectos y obligó al gobierno a un constante endeudamiento mediante empréstitos onerosos contratados con capitalistas extranjeros. Es que, como se ha señalado, la única fuente de recursos económicos de cierta entidad con que contaba la Argentina de mediados del siglo XIX era la Aduana de Buenos Aires. Un intento de superar esa situación fue una compleja ley de hacienda y crédito público y la creación de un Banco Nacional facultado para emitir moneda, a fines de 1853. Pero duró pocos meses (el papel moneda emitido no encontró aceptación pública) y su caída fue imagen clara del desvalimiento económico - financiero de la Confederación Argentina.

En diciembre de 1854 y enero de 1855, las negociaciones permitieron acordar pactos de convivencia entre ambos Estados argentinos; se acordaba impedir mutuas

hostilidades políticas y económicas, pero el acuerdo resultó efímero. Desde luego que, pese a la protesta de Buenos Aires, la Confederación proclamó la libre navegación de los ríos del litoral y firmó acuerdos en la materia con otros Estados. Se intentó fomentar el comercio exterior y la recaudación de dinero mediante una suerte de guerra de tarifas contra el monopolio virtual de Buenos Aires estableciendo derechos diferenciales (más bajos) para las importaciones que llegasen directamente del exterior a los puertos de la Confederación que para los productos que previamente tocaran Buenos Aires. Se intentaba oponer el puerto de Rosario a la capital secesionista. Los resultados fueron magros. Las casas importadoras veían demasiado costoso el trasladar sus instalaciones de Buenos Aires (un mercado mucho más importante) a Rosario; la navegación a vela del Paraná era trabajosa (la difusión local de los vapores era todavía insuficiente), la recesión internacional que siguió a la guerra de Crimea también se hizo sentir.

1857: Llegan al país el ferrocarril y el telégrafo, instrumentos de la nueva era capitalista

Coincidente con el proceso mundial en este "siglo del ferrocarril" - y con gran realismo - Juan B. Alberdi había afirmado en Bases y puntos de partida..., que no bastaba con que los congresos proclamaran a la República "una e indivisible", que era necesario el aporte de los modernos medios de comunicaciones y transporte para convertir en realidad física esa aspiración política. Sería el "camino de fierro" el que "hará la unidad de la República Argentina mejor que todos los congresos [...] sin el camino de fierro, que acerque sus extremos remotos, quedará siempre divisible y dividida contra todos los decretos legislativos...". Apenas asumida la presidencia, Justo J. de Urquiza ordenó la realización de estudios para llevar esa innovación revolucionaria a las tierras de la Confederación: un proyecto, ligado a la idea de fomentar al puerto fluvial de Rosario, era el de unir esta ciudad con la estratégica Córdoba. Pero el gobierno de Paraná no pudo concretarla. Con una situación económicamente mucho más sólida, fue el Estado de Buenos Aires el que vio cruzar por primera vez su territorio por las locomotoras de vapor. Un grupo de capitalistas porteños (varios de ellos ingleses), conformaron la "Sociedad camino ferrocarril al oeste"; técnicos y maquinistas contratados en Europa (entre nosotros muy pocos habían visto siquiera un ferrocarril), iniciaron los primeros trabajos en 1855.

(Un detalle curioso: durante los estudios, los inversionistas consideraron la posibilidad - luego descartada- de que se utilizara la tracción a sangre en los trenes, para ahorrar recursos; finalmente se adquirieron locomotoras en Europa). Al mismo tiempo, en octubre de 1855, el armero francés Adolphe Bertonnet hizo una demostración experimental de telegrafía eléctrica en el centro de Buenos Aires a la asistieron el gobernador Obligado y diversas personalidades. El "espectáculo" asombró a muchos, pero no dio lugar al tendido de ninguna línea. Dos años después, una propuesta similar fue rechazada por el Congreso Nacional, en la Confederación, por falta de fondos... A fines de agosto de 1857 pudo abrirse al servicio el primer ramal ferroviario

que partía del actual solar del Teatro Colón (desde la plaza del Parque) y se tendía a lo largo de 10 kilómetros hasta alcanzar el pueblo de Flores. La inauguración, a la que concurrieron autoridades provinciales y personalidades de todos los órdenes de la sociedad local, fue una fiesta multitudinaria. Así la describiría Pastor Obligado en sus Tradiciones Argentinas, recogiendo las crónicas periodísticas de la época: "No menos de treinta mil espectadores [...] Banderas y gallardetes de todos colores flameaban al viento y músicas militares poblaban los aires con alegres armonías. Hombres, mujeres, ancianos y niños se dirigían al Parque. La concurrencia desbordábase por puertas y ventanas, balcones y azoteas y racimos de muchachos, colgando de árboles y faroles aumentaban con bullicio ensordecedor el de las bandas, cohetes y petardos [...] Concluido el Tedeum, con majestuoso paso adelantose el arzobispo señor Escalada, a tiempo que, coronadas de flores se acercaban lentamente al altar, La Porteña y La Argentina (primeras locomotoras), para esparcir sobre ellas el agua bautismal, bendiciendo tan venerable prelado, la vía, la locomotora y el tren. En ese momento, que era la primera hora de la tarde [del día 29] asestábanse sobre aquel punto los lentes de cuatro daguerrotipos [sic] y el clisé conservado por el hábil fotógrafo Pozzo fijó con fidelidad la viva escena en aquel instante solemne..." Como en otras partes del mundo, se asociaban adelantos de diverso tipo. La empresa ferroviaria instaló - para su servicio privado - los primeros cables y aparatos telegráficos que se emplearon en el país. En el plano de la ciudad de Buenos Aires ha quedado traza del recorrido de aquellas vías desde la plaza Lavalle hasta Once: a ello se debe la curiosa curva de la cortada Enrique Santos Discépolo (ex Rauch) que une Callao con Corrientes. Los rieles se extendieron constantemente y tres años más tarde alcanzaban la localidad de Moreno. Ese mismo año 1860, el gobierno provincial inauguró la primera línea pública de telegrafía, que corría paralela a las vías del FCO. En 1862 la empresa ferroviaria pasó a manos del Estado provincial, para ser privatizada nuevamente en 1890, cuando las vías del FC Oeste sumaban 1200 kilómetros y ya constituían un negocio rentable).

Otra vez en el camino de la guerra civil

Lo cierto es que, mientras tanto, Buenos Aires se consolidaba y prosperaba. Obras públicas a los que ya se ha hecho referencia y el surgimiento de nuevas instituciones culturales y educativas (en cuyo establecimiento se destacó Sarmiento), son muestra de ese avance. Sus recursos eran cada vez más necesarios a la Confederación. Diversos sucesos (como los ocurridos en la provincia de San Juan, que se reseñarán más adelante), agriaron aún más las relaciones entre Paraná y Buenos Aires. La idea de terminar con el problema - y con sus problemas- incorporando a la secesionista provincia portuaria se impuso en el círculo urquicista. A lo largo de 1859 se aceleraron los preparativos bélicos a ambos lados del arroyo del Medio. En Buenos Aires, el gobernador Valentín Alsina puso al general Bartolomé Mitre al frente del ministerio de guerra y de las tropas; en la Confederación el mismo Urquiza asumió el mando del ejército federal mientras se libraba la puja por su sucesión.

Cepeda: Mitre, Urquiza y el lenguaje de las armas

El ejército confederado que marchó contra Buenos Aires, comandado en jefe por Urquiza, se componía de una nutrida y aguerrida caballería (unos 10.000 hombres), fuerzas de a pie más reducidas (alrededor de 3000 infantes) y más de 30 piezas de artillería, en total unos 14.000 combatientes. Más reducidas en número las fuerzas porteñas que dirigía Mitre eran más parejas en su composición: de 9000 hombres, algo más de la mitad de infantería, 4000 jinetes, contando con una artillería compuesta por dos docenas de cañones. Las tropas bonaerenses se situaron a la defensiva en la Horqueta de la Cañada o arroyo de Cepeda y allí aguardaron el asalto enemigo. Tras algunas escaramuzas y maniobras diversas, la batalla siguió - con fuerzas mucho más numerosas- un esquema a grandes rasgos parecido al combate homónimo librado cuatro décadas antes por las fuerzas federales y directoriales en la crisis de 1820: la caballería urquicista dispersó fácilmente a la inferior de Buenos Aires (parte de cuyos escuadrones incurrieron en vergonzosa fuga), mientras que el núcleo de la infantería al mando de Mitre pudo mantenerse y luego retirarse en relativo orden hacia San Nicolás, aunque dejando atrás la mayor parte de la artillería y otros pertrechos.

Las tropas de la Confederación quedaron dueñas del terreno. Mitre pudo salvar el resto de su ejército embarcándolo hacia Buenos Aires y otra vez las penurias económicas de sus enemigos obraron en su favor: los vapores armados federales no pudieron interceptar a los barcos que replegaban las tropas debido a la escasez de carbón...

Mientras los marines extranjeros cuidan la Aduana... ¿termina la secesión porteña?

Urquiza marchó sobre la ciudad puerto avanzando hasta San José de Flores, en tanto se abrían canales de negociación por medio de los representantes de varios gobiernos extranjeros, teniendo una participación protagónica Francisco Solano López, en nombre del gobierno paraguayo que encabezaba su propio padre. En Buenos Aires cundía la incertidumbre: ¿sería asaltada la ciudad?. Ante la inquietud del comercio extranjero, fusileros de marina británicos, estadounidenses y franceses desembarcaron con autorización del gobierno local para montar guardia en la vital Aduana porteña (como lo habían hecho después de Caseros). Valentín Alsina se convenció de la necesidad de renunciar: lo reemplazó el presidente del senado porteño, Felipe Llavallol. Las negociaciones entre el gobierno bonaerense y Urquiza condujeron al Pacto de San José de Flores, un paso a la reunificación nacional. Al menos, así parecía.

Riqueza y poder

Buenos Aires había logrado organizarse como una unidad económica independiente

del resto de las provincias y su organización estatal se reflejaba la alianza de intereses entre el sector mercantil portuario y los terratenientes exportadores. Era fundamental para estos grupos que no se viera afectado el circuito económico que los integraba al mercado externo, y -más aún- era vital que quedara en manos locales el control de la aduana. La institución y el Banco eran la base financiera del estado provincial. La organización nacional -ya se ha visto- significaba perder el control local de las rentas aduaneras y destinar recursos e instituciones provinciales a la unificación política económica de un vasto territorio. Bien es cierto -como expone Oscar Oszlak- que las provincias podían ser un mercado ampliado para las importaciones en la medida en que se avinieran a integrarse a la economía portuaria, lo que implicaba aceptar los principios de libre mercado que proponían los porteños. Para abrir el territorio al mercado externo se requería -entre otras cosas- constituir el estado nacional, dotarlo de una unidad monetaria, garantizar el intercambio inter provincial y facilitarlo con caminos y medios de transporte adecuados. Estos emprendimientos no parecían realizables sin contar con los recursos de la economía porteña.

En el terreno político, un estado supone un sistema de dominación estable. En la Argentina de mediados de siglo sólo una provincia estaba en condiciones de movilizar recursos para tales fines. De hecho la Confederación y Buenos Aires habían logrado el reconocimiento externo de su soberanía política; pero a diferencia del estado rebelde la Confederación no había creado aún un aparato administrativo y jurídico de alcances nacionales ni había podido crear un consenso basado en sentimientos de pertenencia arraigados en cada una de las provincias. La estrategia de Urquiza había consistido en respetar las autonomías provinciales y promover la unidad política mediante acuerdos bilaterales con los gobernadores a quienes se respetaba en sus orientaciones políticas. Este compromiso sería cada vez más difícil de sostener dado que las provincias del interior quedaron aprisionadas en el juego político-militar de Entre Ríos y Buenos Aires. El período comprendido entre el triunfo de Cepeda y la batalla de Pavón fue el desenlace de ese peligroso juego y sus actores principales, el general Mitre, gobernador de Buenos Aires; el presidente Santiago Derqui, y Urquiza en su doble función de gobernador de Entre Ríos y comandante en jefe del ejército de la Confederación.

El sucesor de Urquiza

Durante el año previo a Cepeda se había definido la lucha por la sucesión presidencial entre dos candidaturas: la del vicepresidente Salvador María del Carril y la del ministro del interior, doctor Santiago Derqui, más intransigente con respecto a Buenos Aires. Durante el agitado año electoral ambos trataron de ganarse el favor de los gobiernos provinciales pero los sucesos que tuvieron lugar en la provincia de San Juan terminaron con las posibilidades electorales del vicepresidente. Del Carril era oriundo de esta provincia que contaba con un grupo liberal proclive a ser ganado para la causa porteña. De hecho, el gobernador Manuel José Gómez y su ministro Saturnino Laspiur entraron en conflicto con Nazario Benavídez, nombrado por Urquiza

comandante de la zona oeste. Corría riesgo la vida del caudillo federal y correspondió a Del Carril intervenir la provincia para evitar males mayores. El clima de violencia se agudizó y un tiroteo frente a la casa de Benavídez terminó con su vida y con las posibilidades electorales del candidato sanjuanino. Los rumores hicieron el resto en la medida en que vincularon el atentado a un complot entre los liberales cuyanos y los porteños. En Paraná los federales clamaron venganza por la muerte de Benavídez y Urquiza se definió por Derqui como candidato futuro a la presidencia, y como interventor en San Juan. En noviembre de 1858 Pedernera -que lo acompañaría en la fórmula presidencias- ocupó militarmente la provincia y Derqui declaró el estado de sitio.

La intervención amplia removió desde el gobernador y su gabinete hasta la legislatura y los jueces de paz. Cuando a principios del 59 la comisión interventora abandonó la provincia quedó colocado en el gobierno un hombre de la plena confianza del partido federal, el oficial del ejército de Corrientes José A. Virasoro. En noviembre de ese mismo año, entre el triunfo de Cepeda y la firma del Pacto de San José de Flores, en cada provincia se votaron las listas de electores para presidente y vice. Salvo los de Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Jujuy -nótese la línea de provincias mediterráneas- el resto de las provincias dieron su voto a Santiago Derqui.

Una cuestión de dinero

Después de la firma del Pacto de San José de Flores ambos gobiernos iniciaron los caminos previstos para la revisión de la constitución, el estudio de las reformas y la reincorporación de la provincia rebelde pero el manejo de los tiempos jugó un papel relevante en el desarrollo de los acontecimientos. En la medida en que todas las urgencias estaban del lado de la Confederación, los porteños podían permitirse demoras y continuar la política de desgaste que hasta entonces había sido exitosa. Entre fines de marzo y mediados de mayo del año sesenta la Convención bonaerense revisó el texto constitucional y redactó las reformas, pero esta tarea no pudo separarse del clima político general que se vivía en Buenos Aires y en Paraná. La inquietud política en algunas provincias y una atmósfera poco conciliatoria en Buenos Aires sirvieron de marco a estas disertaciones. Los préstamos a un alto interés contraídos por las autoridades de la Confederación agudizaron el problema financiero y fueron infructuosas las gestiones de Delfín Huergo en Buenos Aires para que los porteños entregaran el control de la aduana. Ésta sólo pasaría a las autoridades nacionales después que la provincia se hubiese reincorporado mediante el ingreso de sus diputados y senadores al Congreso confederal. La batalla electoral por la presidencia había abierto grietas en los círculos políticos de algunas provincias y el ascendiente político del nuevo presidente no alcanzaba para superar enconos y recelos. Derqui no era Urquiza y el vencedor de Caseros se limitó a atender sus asuntos provinciales y conservó el mando del ejército confederal manteniendo una actitud expectante sobre el curso de los acontecimientos nacionales. Éstos a su vez se complicaban con rumores sobre planes atribuidos a las

autoridades porteñas para desestabilizar el gobierno de la Confederación. Finalmente en Buenos Aires la presión del grupo septembrino sobre el gobernador Mitre recién electo, eran manifestaciones de la desconfianza que este sector tenía hacia Derqui, tradicionalmente hostil a los porteños. El director de Los Debates ofreció formar su gabinete con personalidades del extremismo porteño que no aceptaron incorporarse al gobierno; libre de compromisos, Mitre llamó para la cartera de Gobierno a Sarmiento, para Hacienda a Rufino de Elizalde y para la de Guerra a Juan A. Gelly y Obes. Asimismo, se dió al objetivo de la reincorporación en un plazo breve y envió a Dalmacio Vélez Sársfield como comisionado a Paraná. Llevaba la misión de agilizar el tema de las enmiendas constitucionales y consensuar la reincorporación de la provincia sobre todo en lo relativo a la aduana, al ejército porteño y a la garantía por cinco años del presupuesto provincial. "...Es indispensable que Buenos Aires quede en posesión de la administración de la Aduana -advertía Mitre en las instrucciones a Vélez Sársfield- por cuanto sus entradas están afectas, además de su presupuesto garantido, a la deuda extranjera, al crédito público interior, a las emisiones de papel moneda y a otras obligaciones..." Era evidente que los porteños querían demorar la entrega de la institución lo más posible. Dejaban sin embargo abierta la posibilidad de conceder a la Confederación un adelanto de un millón de pesos mensuales para sus gastos. La correspondencia del comisionado porteño permite ver hasta qué punto su viaje sirvió para explorar el clima de Paraná y la relación entre el presidente Derqui y su comandante en jefe. El ministro de Guerra de la Confederación Benjamín Victorica - yerno y hombre de confianza de Urquiza- intervino en las conferencias; las discrepancias quedaron zanjadas en los convenios firmados el 6 de junio. Buenos Aires administraría su Aduana y su ejército como un estado independiente hasta su definitiva incorporación. El subsidio mensual pactado quedó en un millón y medio de pesos; pero como compensación el papel moneda porteño emitido por el banco de la Provincia de Buenos Aires tendría libre circulación en el territorio de la Confederación.

Una tensa relación triangular

En los meses posteriores a la firma de los convenios de junio la desconfianza entre el presidente y el gobernador de Entre Ríos se acrecentó y ya no sería superada. El gobernador Mitre cursó invitaciones para que ambos mandatarios pasaran los festejos del Nueve de Julio en Buenos Aires. Las crónicas y la impresión general que quedó de las ceremonias fue la de haberse logrado cerrar definitivamente el ciclo de guerra civil. La paz era un hecho y la unión un objetivo a corto plazo. Sin embargo se abrió un período de distanciamiento entre Urquiza y el presidente que fue inmediatamente advertido por los diplomáticos extranjeros que concurrieron a los eventos. El presidente Derqui en una actitud francamente abierta hacia el comisionado porteño había hecho concesiones en los convenios que disgustaron a Urquiza. Los historiadores lo interpretan como un intento de independizarse de la tutela política del caudillo, de adquirir estatura política propia. Vueltos a Paraná, el presidente aceptó la renuncia de Victorica a la cartera de Guerra y nombró por sugerencia de Mitre a un

porteño -Norberto de la Riestra- para desempeñar el ministerio de Hacienda de la Confederación. Era claro que Buenos Aires intentaba sacar ventajas y estratégicamente trataba por separado con Derqui y con Urquiza. El gobernador de Entre Ríos no desdeñaba la actitud complaciente de Mitre pero advertía a Derqui acerca del peligro de caer en la trampa tendida por los porteños. Paralelamente cuidaba y consolidaba su liderazgo en el partido federal. El acercamiento del presidente a Mitre se correspondió con un decreto del ministro Riestra por el cual nacionalizaba la aduana de Buenos Aires. Después de todo, la administración de la institución quedaba bajo la órbita de su ministerio. Todos los actos políticos se convirtieron en cajas de resonancia de esta tensa relación triangular. La convención de Santa Fe que consideró las reformas a la constitución sugeridas por Buenos Aires no presentó problemas. La lucha política se trasladó al ámbito del congreso confederal. Un decreto presidencial llamó a renovar las bancas nacionales de aquellos legisladores que al momento de su elección no hubieran llenado el requisito de dos años de residencia en la provincia donde fueron electos. Se daba vigencia retrospectiva a una de las reformas recién promulgadas, indudablemente con la intención de alterar en forma sensiblemente el color político de la asamblea legislativa. Urquiza vio con preocupación que en cada provincia se fraccionaban las lealtades políticas y se alineaban con alguno de los tres liderazgos: el porteño, el del presidente o el suyo propio. Varios diputados quedaban cesantes. Algunos, como los correntinos pertenecían incondicionalmente al tronco del partido federal que respondía al liderazgo de Urquiza y se negaron a ser removidos.

Otra vez San Juan

Nuevamente San Juan fue escenario del drama nacional. A mediados de noviembre de 1860 un complot del grupo liberal local asesinaba al gobernador Virasoro y justificaba la rebelión por los abusos del jefe federal. En Paraná se creyó en la estrecha vinculación de los hechos con los trabajos porteños por ganar adhesiones en el interior. Urquiza advirtió el peligro que entrañaban estas intrigas para el triunfo de la causa de las provincias; una causa que durante casi diez años venía apuntalando con su prestigio y su sacrificio personal. Los mismos grupos que habían alentado la tragedia sanjuanina estaban enquistados en otras provincias y ganaban terreno día a día. En San Juan las autoridades surgidas de la revolución sólo aceptarían una mediación pacífica. Antonino Aberastain había sido electo gobernador. Como en otras circunstancias de la historia argentina la violencia ganó los ánimos y resultó inmanejable. La intervención federal dispuesta por el presidente Derqui se convirtió en una abierta y violenta invasión de las milicias del gobernador de San Luis, Juan Sáa nombrado interventor federal. Vencidas las pocas defensas sanjuaninas en Rinconada del Pocito, el gobernador fue ejecutado en circunstancias muy confusas al día siguiente de la batalla. Derqui había fallado en su intento de satisfacer las expectativas porteñas con una intervención pacífica. Buenos Aires proclamaba en términos violentos su desagrado por lo ocurrido e invitaba a las provincias a sumarse al descontento por lo que

consideraba un acto de la barbarie federal Los ministros porteños presentaron su renuncia y abandonaron al presidente.

Derqui, un cadáver político

Luego del asesinato de Aberastain Mitre escribió a Urquiza e insistió sobre algunos puntos que consideraba imprescindible solucionar. Entre ellos figuraba la resistencia de los legisladores correntinos a dejar sus bancas y la admisión de los porteños electos -de acuerdo a lo acordado con el presidente Derqui- según la ley electoral provincial. El clima en Buenos Aires reflejó el endurecimiento de posiciones por parte del gobierno y la opinión pública en general, alentada por una campaña de agitación periodística en contra de Derqui y de Urquiza. En el gabinete de Mitre, Sarmiento renunció a la cartera de gobierno y fue reemplazado por Pastor Obligado. El sector antiurquicista extremo volvía a ganar las elecciones para la renovación de la legislatura. Paralelamente en Paraná el partido federal estrechó filas en torno de su jefe natural y la cámara de Diputados respondió al presidente Derqui que no había vacantes en su seno. El vicepresidente Pedernera trabajaba para asegurarse un número suficiente de diputados federales y rechazar a los porteños en la sesión de apertura. Los legisladores respondieron a Urquiza. No sólo impidieron el ingreso de la bancada porteña sino que condicionaron el apoyo a Derqui: aprobaron la intervención a la provincia de Córdoba para evitar que fuera ganada por los porteños y cortar la comunicación de Buenos Aires con sus aliadas, Santiago del Estero y Tucumán. El presidente en persona se hizo cargo de la intervención.

Durante el mes de junio Pedernera, en ejercicio del Poder Ejecutivo, pidió finalmente al Congreso autorización para reducir a Buenos Aires por la fuerza y se votó la intervención federal a la provincia. Una instancia de negociación se abrió con la mediación extranjera, pero las posiciones se volvieron irreductibles. El 17 de septiembre de 1861 se enfrentaron los ejércitos cerca del arroyo Pavón, en el límite entre Buenos Aires y Santa Fe. El porteño, al mando del general Mitre; el de la Confederación al mando de Urquiza a quien secundaron el coronel Juan Saa y los generales Miguel Jerónimo Galarza y José

María Francia. En medio del combate Urquiza se retiró del campo de batalla con parte del ejército. El resultado fue indeciso.

Mientras Derqui trató inútilmente de que el gobernador reasumiera la comandancia de las fuerzas confederadas Urquiza envió un emisario para iniciar conversaciones de paz con el general Mitre. El gobernador de Entre Ríos consideraba caducas de hecho a las autoridades nacionales. A principios de noviembre Derqui tomó la decisión de ausentarse y en nota al vicepresidente comunicó que elevaría su renuncia al congreso confederal; sin embargo se alejó en un buque inglés hacia Montevideo y nunca remitió su dimisión a la presidencia de la Confederación.

La victoria porteña

Con la disolución del Congreso nacional la lucha por el poder se polarizó en los gobernadores de Buenos Aires y de Entre Ríos. El general Mitre ocupó militarmente la provincia de Santa Fe, medida que luego haría extensiva a otras regiones del interior. Vuelto a Buenos Aires acordó con su partido las condiciones bajo las cuales negociaría con Urquiza y con el resto de los gobernadores. Diez años no habían pasado en vano y Mitre rescataba la constitución reformada como el instrumento jurídico más adecuado para recomponer la unión nacional. En consecuencia redujo el conflicto a tres instancias básicas de negociación: la reasunción de la soberanía por cada provincia mediante sus respectivas legislaturas, el desconocimiento de los poderes nacionales caducos y la declaración de concurrir a un nuevo congreso con arreglo a la constitución reformada. El movimiento liberal se fue afianzando en ciertas regiones del interior a través de la intervención militar de los ejércitos de Buenos Aires. Todas las provincias coincidieron en la propuesta porteña y delegaron en Mitre, en forma provisional aquellos mismos poderes que después de Caseros permitieron a Urquiza proyectar la Confederación: las atribuciones para reunir un nuevo congreso, la representación de las relaciones exteriores, el mantenimiento de la paz interior y la seguridad en las fronteras y la percepción de las rentas nacionales. Comenzaba el año 1862 y estos poderes en manos de un porteño volvían a ponerse a disposición de un nuevo proyecto organización nacional. Esta vez definitivo. Se habían unido poder y riqueza.

Gabriel A. Ribas, María Cristina San Román

Bibliografía

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Historia de la nación Argentina. Desde sus orígenes hasta su organización definitiva en 1862, (Ricardo Levene , dir.), vol.8, 3ª ed., Buenos Aires, El Ateneo, 1961.
- BUSANICHE, JOSÉ LUIS. Estampas del pasado. Lecturas de historia argentina. Buenos Aires., Hachette, 1959.
- FUNDACIÓN STANDARD ELECTRIC ARGENTINA, Historia de las comunicaciones argentinas. Buenos Aires, 1979.
- DUGAN, JAMES, El gran buque de hierro, Buenos Aires, La Isla, 1957.
- SCHNERB, ROBERT, El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea. (1815 - 1914), en: CROUZET, M. Historia General de las Civilizaciones v. VI. Barcelona, Destino, 1965

Historia Argentina.

Colegio Nacional de Buenos Aires & Página/12

12